



“Muerte y honores”

p. 191-198

Martín Quirarte

*Carlos Pereyra. Caballero Andante de la Historia*

México

Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Historia

1952

214 p.

(Publicaciones del Instituto de Historia, 29)

[Sin ISBN]

Formato: PDF

Publicado en línea: 12 de abril de 2021

Disponible en:

[http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/026/Carlos\\_Pereyra.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/026/Carlos_Pereyra.html)

D. R. © 2020, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



## *Apéndice*



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS



## *Muerte y Honores.*

Murió sencillamente, sin comedia alguna, sin reunir gente en torno de su lecho ni hacer espectáculo de la muerte, como se mueren los verdaderos santos y los verdaderos héroes: Acostandose a morir.

**Miguel de Unamuno.**



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS



## MUERTE Y HONORES

He seguido el desenvolvimiento de un drama que tiene como protagonista a un pensador angustiado, frente a la imposura que ve delante de sus ojos. Los madrileños durante 25 años tuvieron a don Carlos Pereyra en medio de ellos. Día a día fueron testigos presenciales de aquella actividad incansable, aquel desinterés y aquella probidad subordinadas a un anhelo de reivindicación de la grandeza de lo ibero. Sí, de lo ibero, pero en su más amplia acepción que comprende lo peninsular y lo americano, su mundo portugués y su mundo español.

Mientras algunos protestaban con los actos, él protestó con la elocuencia contra aquella atrofia sistemática, que estuvo a punto de sufrir nuestra raza. Si lo español se salvó en los dos mundos, fué gracias a sus caudillos iberos e hispanoamericanos, que no perdonaron sacrificios, con tal de cumplir con el imperativo de su conciencia.

Los madrileños, que quisieron tanto a nuestro Pereyra, pudieron darse cuenta de cómo se despide del mundo un Quijote del siglo XX. Quienes vieron a don Carlos en los últimos días de su existencia, son los que tienen más derecho para evocar estos recuerdos. En el noble libro de don Angel Dotor, se cita un luminoso artículo de la *Revista de Indias*, que a mi vez transcribo:

*“En efecto, el viernes 8 de mayo abandonó don Carlos su mesa de trabajo en el Instituto, para entrar en un lecho, que*



*no había de abandonar con vida. Su destino de investigador, de hombre de gabinete y de estudio, se cumplió íntegramente. Abierto quedó sobre su mesa el grueso infolio de las Cartas de Indias, y abierto por la misma página, como si sus ojos hubieran aún de pasarse en ella, permaneció hasta después de su muerte. A un lado apilábanse los copiosos tomos de Fernández de Oviedo, y libros y revistas llenaban los cajones de su mesa de trabajo.*

*Con ademán cansado, y como excusándose de abandonar fuera de hora el despacho, anunció aquel día su salida, y rehusó insistente, como siempre, la ayuda que se le ofreció para ponerse el abrigo. El postrer gesto de aquella viril entereza, que le hizo renunciar a tanta y tantas cosas gratas en la vida, quedó en éste que encerraba, no el orgullo de valerse por sí mismo, sino la gentileza de evitar molestias por su causa.*

*En el tranvía, camino de su hogar, situado en la Ciudad Jardín, tuvo ya un desmayo, y manos amigas hubieron de conducirlo al lado de su admirable y admirada esposa, María Enriqueta, compendio de virtudes, comprensión, voluntad y talento.*

*Vanos fueron los esfuerzos de la Ciencia, y ésta hallábase representada, ciertamente, por lo mejor que España pudiera ofrecerle. Imposible resultaba cualquiera intervención quirúrgica en el tumor que le consumía, y hubo de aguardarse con paciente pena el fin de aquella vida extraordinariamente fecunda.*

*Por indicación de los médicos, hubo de abandonar don Carlos el calor hogareño de su Villa de las Acacias, a la que tanto amaba, para buscar las atenciones de un sanatorio —siempre acompañado de María Enriqueta—. Y allí, en ese sanatorio llamado de San José, fué donde tocó a don Carlos entregar su alma a Dios el 30 del mes de junio de 1942. Si en estos últimos días guardaba don Carlos alguna ilusión, era la de convalecer bajo la sombra de aquel alero familiar, respirando el fres-*



*cor de los exuberantes laureles que, sembrados por su mano, alegraban el jardín.*

*Era aquella casa para don Carlos un verdadero encanto. De Méjico, y más aún, de Saltillo —su ciudad natal— trajo un vivo sentimiento de afección que se había traducido en dulce nostalgia, como de quien no ha de ver nuevamente aquel cielo, aquellos árboles y aquellas cosas. Pero en su Villa de las Acacias tenía a Méjico. Estaba en los millares de libros de su espléndida biblioteca, en las cartas de los amigos, en las páginas de los diarios amontonados en su despacho. Estaba en algunos recuerdos pequeños, sobre los cuales posaba a veces la mirada entre dolorida y complaciente. Y estaba Méjico, sobre todo, en María Enriqueta, abnegada y fiel, disminuyendo en todo momento su insigne personalidad de escritora, para merecer en la intimidad únicamente la recatada de esposa”.<sup>138</sup>*

Sepultado el gran historiador en el cementerio de San Isidro (Madrid), permaneció allí hasta el año de 1949, en que sus restos mortales fueron exhumados y traídos a su patria. Es María Enriqueta quien nos habla de cómo fué su retorno a México. Con su estilo lleno de sensibilidad emotiva, de matiz profundamente femenino y lleno de sencillez evoca estos recuerdos:

*“Estoy de nuevo en México”.*

*¿A quién debo todo esto? Al Excmo. Sr. don Miguel Alemán, el hidalgo Presidente de la República Mexicana. Por él me encuentro aquí.*

*A veces, me parece que todo esto no es verdad, sino que estoy soñando. Pero no, lo repito; verdad y sólo verdad.*

*¿Cómo se llevó a debido efecto mi viaje hacia acá?*

*De este modo:*

<sup>138</sup> Angel Doctor, Carlos Pereyra y su Obra, pág. 192 y 193.





*Estaba yo una mañana escribiendo ante mi mesa, allá en Madrid, cuando se me avisó:*

*—Hay una persona que la espera a usted en la sala.*

*¿Quién es? —pregunté.*

*—No ha dicho su nombre —se me respondió.*

*Hice a un lado mis papeles, salí de prisa, entré en la sala, y allí encontré a un amable caballero que al punto me dijo:*

*—Soy Arturo Allsopp Vila, Canciller de la Embajada Mexicana en Lisboa y un atento servidor de usted. Le traigo un saludo cordial y expresivo del Presidente de nuestra Patria, don Miguel Alemán, y, además, una súplica que, por conducto de la Embajada y por el mío, él hace a usted también. ¿Qué es ello? Lo siguiente: que como México desea con ansia ver a usted de nuevo allí juntamente con los restos mortales de su distinguido esposo el gran historiador don Carlos Pereyra, él, don Miguel Alemán, erogará con profunda satisfacción los gastos que el viaje demande. Aquí estoy, pues, a las órdenes de usted para arreglar con todo interés cuanto se relacione con ese viaje de los dos esposos a su querida Patria Mexicana. Supongo —añadió—, que aceptará usted tan espontánea y afectuosa invitación, ¿no es verdad?*

*La s y la i de la silaba Sí que me subió al instante del corazón a los labios, y que me bañó con mis lágrimas, fué la conmovida respuesta que di, en el acto al amable enviado del generoso Presidente.*

*—Sí, sí, —dijo de nuevo con voz emocionada: a mi Patria, a mi amadísima Patria, a la que hace casi treinta y siete años<sup>1</sup> que no veo. . . ¡Y que Dios bendiga al Sr. Alemán, que con su bondad suprema, nos conduce de nuevo a mi esposo y a mí, hac'a nuestra bendita tierra Mexicana!*



*Y diré también que, pocos días después, el Generalísimo Franco, al saber por los periódicos de Madrid, que yo me venía para acá juntamente con los restos mortales de mi amado esposo, me envió igualmente a uno de sus Secretarios para decirme de su parte que, al salir nosotros de Madrid, a mi esposo se le tributarían los “máximos honores que allí se tributan a un “Capitán General”, y a mí, “todos los que yo merecía”. Palabras bondadosas que agradecí profundamente.*

*Y se hizo así. Mandaron aunar un Wagon al ferrocarril que de Madrid debía llevarnos a Barcelona, el Puerto de mar donde embarcaríamos. Colocaron en ese Wagon un túmulo; y personas de altas jerarquías condujeron la caja mortuoria de mi esposo, la depositaron sobre el majestuoso túmulo, y la ataron después con la bandera Mexicana y con la bandera Española... Mientras tanto, allí en la estación una banda de música tocaba impresionantes marchas fúnebres. Después, el Ministro de Relaciones, don Martín Artajo, puso sobre la caja de mi esposo la hermosa Condecoración de “La Gran Cruz de Isabel la Católica”, pasando en seguida a prender en mi pecho dos Condecoraciones: la del “Lazo también de Isabel la Católica”, y la de “Alfonso X el Sabio, Rey de Castilla”.*

*Concluido todo esto, que fué para mí profundamente emocionante, la máquina del tren comenzó a lanzar agudos gritos, anunciando ya su partida. Todas las personas que integraban tan distinguida Comisión, besaron mi mano con respetuoso acatamiento, se despidieron amablemente y bajaron del tren. El Ayuntamiento de Madrid, que estaba también en la estación, así como otras muchas personas que fueron igualmente a despedirse de nosotros, prorrumpieron en “¡Vivas!” entusiastas, en aplausos y en “Adioses” conmovidos gritos todos emocionantes, que la distancia fué debilitando poco a poco, y a los que un misterioso silencio puso el fin.*

*Entonces yo, profundamente impresionada, me retiré de la ventanilla del tren juntamente con el Sr. Allsopp Vila y con*



*una bondadosa Srita, que por disposición también del Sr. Alemán, venía acompañándome en el camino; enjugué de nuevo mis lágrimas, y nos acomodamos los tres en el asiento, comenzando, en espíritu a hacer ese viaje.*

*Y diré que poco antes de que el Sr. Alemán llevara a efecto nuestro anhelado traslado a la Patria, en la ciudad de Saltillo, Coah., donde vió su primera luz mi esposo, se había ya constituido un “Comité Pro-Traslado Restos de Carlos Pereyra a Saltillo” bondadoso Comité que estaba ya tratando de nuestro regreso a la República, y al que yo puse al tanto con toda oportunidad, de las hidalgas disposiciones del Sr. Alemán.*

*Pero volvamos a hablar del viaje, de ese ansiado viaje que duró más de un mes y que parecía no tener término alguno, ya que, al llegar a Veracruz, un violento huracán impidió que el buque pudiese atracar, obligándole, por el contrario, a virar y a alejarse del Puerto, hasta llegar a un sitio donde el norte no era ya tan fuerte, y donde permanecimos casi tres días. Pasado ese tiempo, el buque viró nuevamente, emprendiendo su marcha hacia el Puerto. Y como si estuviéramos soñando, nos vimos por fin, ya en pie, sobre la bendita tierra Mexicana. Levanté los ojos para agradecer a Dios sus bondades, y después, cayendo de rodillas, besé con reverencia el suelo, y lo regué con mis lágrimas . . .*

*Y no me detengo a describir el recibimiento cariñoso que mis queridos compatriotas nos hicieron a mi amado esposo y a mí, tanto en Veracruz, como en la capital Mexicana, porque todos estos detalles ocuparían mucho espacio.*

*Ramos de flores, “¡Vivas!” . . . todo cayó sobre nosotros con profusión emocionante.*

*Los latidos de mi corazón eran para mi espíritu como toques de campanas . . .*



*En la estación de México, entre las muchas personas distinguidas que a mí se acercaron, estuvo el estimabilísimo Sr. Secretario de Educación Pública don Manuel Gual Vidal, quien, a nombre del Sr. Presidente de la República, fué a darme la bienvenida con un abrazo cariñoso que reconfortó mi espíritu.*

*Y así, acompañada de continuo, llegué a la casa de los estimables esposos Rouquaud, de donde salí varias horas después para llevar los restos mortales de mi amado esposo a la ciudad de Saltillo, en la que fueron recibidos con grandes honores, y en la que se les enterró en la “Rotonda de los Hombres Ilustres del Panteón de Santiago”.*



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS